



## **2. 150 aniversario de la I Internacional: marxistas y libertarios, de ayer a hoy**

# **Anarquistas y bolcheviques en la Revolución rusa**

*Antonio Moscato*

En una larga y compleja *Carta a los comunistas alemanes* de agosto de 1921 Lenin comentaba las recientes escisiones de la derecha y la izquierda del Partido Comunista Alemán (KPD), desdramatizándolas y situándolas en un contexto de ajustes en la Internacional:

Hasta que no se hayan organizado, al menos en los principales países, partidos comunistas suficientemente fuertes, con suficiente experiencia, con suficiente influencia,

habrá que tolerar que elementos semianarquistas participen en nuestros congresos internacionales y, hasta cierto punto, esto también es útil. Es útil en la medida en que tales elementos son un evidente “ejemplo premonitorio” para los comunistas inexpertos y también en la medida en que éstos todavía están en capacidad de aprender.

Es evidente que Lenin —a pesar de que aquí se refiere a la izquierda comunista salida del KPD— considera a los anarquistas como parte del mismo movimiento revolucionario, y aun sin renunciar a las polémicas, sobre todo en relación con su rechazo abstracto de cualquier compromiso o retirada táctica, confirma su confianza en una posible convegenia.

El anarquismo se escinde en todo el mundo —y no desde ayer, sino desde el inicio de la guerra imperialista del 1914-1918— en dos corrientes: la corriente soviética y la corriente antisoviética; la corriente que es favorable a la dictadura del proletariado y la corriente que está en contra de esta. Es necesario dejar el tiempo necesario para que madure este proceso de escisión del anarquismo. [...] Sin embargo, es obvio que los elementos semianarquistas pueden y deben ser tolerados solo en cierto modo. En Alemania los hemos tolerado durante mucho tiempo (Ibid.)

Es obvio que en este caso la referencia estaba dirigida a la componente del movimiento espartaquista que había dejado en minoría a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht en el mismo congreso de fundación, rechazando apriorísticamente la participación en las elecciones y la militancia en los grandes sindicatos de masas. En otros escritos de aquel periodo tan fecundo inaugurado con el segundo congreso de la Internacional (que en realidad fue el primer verdadero congreso) Lenin había vuelto sobre el argumento, sin renunciar a severas polémicas con los “anarquistas” (asociados a sindicalistas y ultraizquierdistas) que, tras haber fulminado el parlamentarismo de los socialistas aburguesados, acababan por recalar en una carrera burguesa análoga, llegando a sostener la participación en la guerra imperialista.

Pero se trataba sobre todo de referencias a tendencias internacionales que se manifestaban sobre todo —observaba Lenin— en los países sin una tradición de grandes revoluciones, o en los que la experiencia de lejanas revoluciones estaba casi completamente olvidada. Y se confirmaba en cualquier caso una comprensión de su oscilación hacia el anarquismo, “por el odio contra el oportunismo de la vieja socialdemocracia”.

En realidad, en esta carta y en el ensayo *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, raramente hacía referencia directa a la relación entre bolcheviques y anarquistas en la Revolución rusa. Sin embargo, se trataba de una relación estrecha e importante. Anarquistas parecidos formaban parte del Ejército Rojo y habían sido elegidos en diversos soviets, entre otros en el de Kronstadt que tanta participación tuvo en varios momentos de la revolución, no solo en la insurrección del 25 de octubre (7 de noviembre). Fue anarquista, por ejemplo, Anatoli Zelznjak, el marino que dirigía a los guardias rojos que

“Lenin considera a los anarquistas como parte del mismo movimiento revolucionario”

pusieron fin a la primera y última sesión de la Asamblea Constituyente.

Por otra parte, no pocos anarquistas habían estado presentes, junto a sectores bolcheviques impacientes, en las movilizaciones que culminaron en el intento semiinsurreccional prematuro de las “jornadas de julio”, que ofreció al gobierno provisional una ocasión preciosa para reprimir al Partido Bolchevique, arrestando a gran parte del grupo dirigente y obligando a Lenin a pasar a la clandestinidad y luego al exilio en Finlandia. Será sintomático del enfoque de Lenin que, a pesar de disentir de la iniciativa y que la criticase en la sede del partido, se guardase bien de desautorizarla públicamente o atribuirle a provocadores (como habrían hecho posteriormente tantos de sus indignos epígonos), para evitar romper con esos militantes.

Si bien los comentarios referidos a la presencia de los anarquistas en la revolución son escasos, no se debe a prejuicios sectarios, sino simplemente al hecho de que su papel era modesto y su número exiguo. Por ejemplo, en el Congreso Panruso de los Soviets que se abrió la noche misma de la toma del Palacio de Invierno, había cinco anarquistas sobre 562 delegados presentes (de los cuales 382 bolcheviques, 70 social-revolucionarios de izquierda, 19 social-revolucionarios de otras tendencias, 21 mencheviques “defensistas”, 15 mencheviques “internacionalistas”, etcétera). La exigüidad de su presencia se explicaba en parte por el rechazo de cualquier tipo de elecciones, incluso de delegados revocables, por parte de los anarquistas más intransigentes y en parte por su relativa marginalidad en la lucha de clases durante aquella fase.

Si bien los comentarios referidos a la presencia de los anarquistas en la revolución son escasos, no se debe a prejuicios sectarios, sino simplemente al hecho de que su papel era modesto y su número exiguo. Por ejemplo, en el Congreso Panruso de los Soviets que se abrió la noche misma de la toma del Palacio de Invierno, había cinco anarquistas sobre 562 delegados presentes (de los cuales 382 bolcheviques, 70 social-revolucionarios de izquierda, 19 social-revolucionarios de otras tendencias, 21 mencheviques “defensistas”, 15 mencheviques “internacionalistas”, etcétera). La exigüidad de su presencia se explicaba en parte por el rechazo de cualquier tipo de elecciones, incluso de delegados revocables, por parte de los anarquistas más intransigentes y en parte por su relativa marginalidad en la lucha de clases durante aquella fase.

Más allá de la publicidad anarquista (Volin, Paul Avrich, Pëtr Arsinov, Emma Goldman), que ha ofrecido constantemente la misma línea interpretativa victimista, muchas noticias sobre la progresiva ruptura entre los reagrupamientos libertarios y la revolución las ha proporcionado uno de los más célebres anarquistas ganados por la Revolución rusa, Victor Serge.

Serge no minimiza el papel de los anarquistas entre febrero y octubre, pero explica bien su declive:

A pesar de su confusión ideológica, la mayor parte de estos luchó bien en Octubre. Su movimiento, tras la victoria proletaria, había tenido un desarrollo excepcional: ningún poder oponía resistencia a sus acciones; procedían sin control alguno a requisar alojamientos; el Partido Bolchevique trataba con su organización de tú a tú; aquellos tenían en Moscú un gran periódico, la *Anarquía* (Serge, 1967: p. 200).

También en Petrogrado un periódico anarcosindicalista había llegado a competir en algún momento con la *Pravda* bolchevique, pero —según Serge— “no desaparece más que por culpa de sus redactores, divididos sobre el problema de la guerra revolucionaria” (Ibid.)

De hecho, la mayor parte de los anarquistas habían rechazado el armisticio y, posteriormente, sobre todo la paz de Brest Livosk, con argumentos similares a los de los social-revolucionarios y los comunistas de izquierda, y habían compartido la ilusión de una posible repetición de la guerra revolucionaria siguiendo el modelo de la república francesa de 1793. De hecho, desde febrero de 1918 la prensa anarquista había subido de tono, repitiendo las acusaciones de Lenin como “agente del imperialismo alemán” lanzadas por todas las demás corrientes socialdemócratas y social-revolucionarias, y por la misma prensa burguesa que todavía era legal. Algunos exponentes prestigiosos como Volin habían partido hacia el frente, para intentar —en vano— construir grupos partisanos con el resto del ejército, mientras acusaban a los bolcheviques de “caínes, patrones, traidores”. De Lenin decían que había “construido su trono de Octubre” sobre sus huesos. Alineados junto a los social-revolucionarios, no aprobaban los atentados que acabaron con la vida de dirigentes bolcheviques como Volodarsky y Uritsky e hirieron al mismo Lenin. “Estamos contra el soviet por una cuestión de principio, pues estamos contra cualquier Estado”, escribían los hermanos Gordin el 7 de abril, y añadían: “Nos atribuyen la intención de derrocar a los bolcheviques. ¡Absurdo! Tampoco queremos derrocar a los mencheviques”.

Este será el contexto que empujará a la Checa a desarmar a la Guardia Negra anarquista la noche del 11 al 12 de abril de 1918. Victor Serge describe las “fuerzas anarquistas, divididas en una serie de grupos, subgrupos, tendencias y subtendencias que iban del individualismo al sindicalismo” y que “comprendían diversas familias de hombres, en su mayor parte armados”.

La demagogia sincera de los protagonistas libertarios encontraba una buena acogida entre los elementos atrasados de la población. Un estado mayor negro tenía la dirección de estas fuerzas que constituían una especie de Estado armado —irresponsable, incontrolado, incontrolable— dentro del Estado. Los mismos anarquistas admitían que entre ellos prosperaban elementos sospechosos, aventureros, delincuentes comunes, contra-revolucionarios, puesto que los principios libertarios no permitían cerrar la puerta de las organizaciones a nadie o someter a alguien a un control real (Ibid., p. 201).

Una parte de los mismos anarquistas advertía el peligro y sentía la necesidad de “depurar” su ambiente, cosa prácticamente imposible sin autoridad ni organización disciplinada. Víctor Serge recuerda que el periódico *Anarquía* en ocasiones publicaba *avisos importantes* de este tipo:

Consejo de la Federación Anarquista. Se verifican abusos deplorables. Desconocidos, presentándose en nombre de la Federación, proceden a arrestos y a confiscaciones de fondos. La Federación declara que no tolera confiscación alguna que tenga como fin el enriquecimiento personal (Ibid., pp. 200-201).

O bien se aseguraba de que cada acción hecha en nombre del Estado Mayor de la Guardia Negra solo era válida si estaba garantizada por una orden

firmada por tres miembros y por la presencia física de al menos uno de ellos. Sin embargo, el problema principal no era el bandidaje individual perpetrado con ropajes anarquistas sino la infiltración de monárquicos y guardias blancos, que fue confirmada posteriormente por las memorias de un general letón, Hopper, que había utilizado las casas y los hoteles ocupados por los anarquistas como alojamiento para varias decenas de guardias blancos de paso por Moscú, utilizando como garante a un capitán que recordaba la imagen literaria de un anarquista.

Por esto Serge no duda en aprobar la operación policial decidida por Felix Dzerzinsky, aunque comportara alguna decena de víctimas entre muertos y heridos entre chequistas y anarquistas, que intentaron resistir durante horas en algunos de sus bastiones. Por un lado, la considera una operación indispensable para proteger Moscú de posibles golpes de Estado “negros” que habrían facilitado a las Guardias Blancas su reorganización, aprovechando la indulgencia de la revolución, que había puesto en libertad tras su rendición a la mayor parte de los defensores del viejo régimen, a partir del general Kornilov; por otro, subraya que tras la redada todos los órganos de prensa anarquistas pudieron continuar su publicación. Por otro lado, la represión se desencadenó formalmente por una peligrosa “expropiación” del automóvil personal del coronel Raymond Robins, oficialmente representante de la Cruz Roja norteamericana, pero en realidad valioso intermediario con el gobierno de Estados Unidos, y, por consiguiente, golpeaba no las ideas, sino la constitución de un grupo armado con perfiles inciertos y un programa ambiguo.

El historiador más destacado del anarquismo ruso, Paul Avrich, confirma indirectamente que las detenciones de abril de 1918 no habían suprimido el movimiento. La represión no alcanzaría su apogeo hasta el bombardeo del cuartel general comunista de Moscú en septiembre de 1919. El 27 de septiembre de ese año, los llamados “anarquistas clandestinos” junto a militantes socialistas revolucionarios de izquierda habían asaltado con un lanzamiento de granadas la sede del comité de Moscú del Partido Comunista durante una sesión plenaria. Hubo 12 muertos y 55 heridos, entre los que se contaban algunos muy conocidos, como Nicolai Bujarin, el redactor de *Pravda* Emelian Jaroslavsky, y Yuri Steklov, director de *Izvestia*. A pesar de que muchos dirigentes libertarios se desmarcaron, los comunicados incendiarios que anunciaban “el inicio de una era de la dinamita” que acabaría “con la destrucción del despotismo” provocaron una nueva oleada de detenciones masivas. Algunos militantes decidieron volar por los aires al presentarse la checa en la dacha que habían requisado, otros fueron procesados.

Los bolcheviques estaban alarmados sobre todo por los vínculos establecidos entre estos sectores anarquistas y una parte de los social-revolucionarios, facilitado por una tradición análoga de terrorismo individual y el acuerdo alcanzado desde los días de las negociaciones de Brest Litovsk sobre una valoración del comportamiento de Lenin en clave de traición y de servicios prestados a Alemania. No por casualidad la mayor parte del movimiento anarquista aplau-

dió el asesinato del representante alemán von Mirbach e incluso las tentativas insurreccionales que lo habían acompañado. Pero la preocupación de los bolcheviques no se tradujo en una represión generalizada.

Por ejemplo, una figura prestigiosa del anarquismo ruso, el príncipe Pëtr Alexandrovich Kropotkin, había conservado no sólo la libertad sino que había seguido escribiendo “querido Vladimir Ilich” al expresar críticas severas a varias medidas económicas y políticas adoptadas por el gobierno soviético. Kropotkin tenía un pasado glorioso pero, como muchos anarquistas, se había desacreditado en 1914 y los años de guerra posteriores al haberse alineado con la Entente, sosteniendo la necesidad de hundir el Imperio alemán y desmembrar Alemania. Posteriormente, ya casi octogenario, había acabado apoyando la Revolución de Octubre, escribiendo llamamientos en su defensa dirigidos a los trabajadores de las potencias imperialistas que apoyaban a los blancos. Sus argumentos son interesantes y contribuyeron a la imagen internacional de la Revolución rusa, que representaba así:

En primer lugar, los trabajadores del mundo civil y sus amigos pertenecientes a otras clases, deberían inducir al [su] gobierno a abandonar del todo la idea de una intervención armada en los asuntos de Rusia —abierto o encubierta, militar o en forma de financiación a otras naciones.

Rusia está viviendo ahora una revolución de la misma envergadura e importancia que la experimentada en 1639-1648 por la nación inglesa y en 1789-1794 por Francia; y cada nación debería negarse a jugar el papel vergonzoso que Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia jugaron durante la Revolución francesa.

Por otro lado, hay que tener presente que la Revolución rusa —que intenta construir una sociedad en la que el producto del esfuerzo conjunto de los trabajadores, de la capacidad técnica y de los conocimientos científicos vaya enteramente en beneficio de la comunidad— no es un mero accidente en la lucha entre partidos. Es algo que la propaganda comunista y socialista estaba preparando desde hace casi un siglo, desde los tiempos de Robert Owen, Saint Simon y Fourier; y aunque el intento de instaurar la nueva sociedad mediante la dictadura de un único partido esté aparentemente destinado al fracaso, es necesario reconocer sin embargo que la revolución ya ha introducido en nuestra vida cotidiana ideas nuevas en relación con los derechos de los trabajadores, con su verdadero lugar en la sociedad, con los deberes de todo ciudadano: ideas ya indelebles (Kropotkin, 1976: pp. 191-197).

Este reconocimiento del alcance y del significado de la revolución no quita que Kropotkin expresara críticas severas frente a muchas decisiones del gobierno soviético<sup>1/</sup>. A veces basadas en la convicción de que los problemas

---

<sup>1/</sup> Quizás no las que habría querido Emma Goldman, que en un informe de dos de sus visitas a Dmitrov lamentaba las reticencias del viejo revolucionario y lo describía como absorbido exclusivamente por la redacción de un tratado sobre ética. Ver Goldman, 1977, pp. 49-58.

“Rusia está viviendo ahora una revolución de la misma envergadura e importancia que la experimentada en 1639-1648 por la nación inglesa y en 1789-1794 por Francia”

del aprovisionamiento, de la penuria y del aumento de los precios dependían de una obsesión centralista y del “afán de mando de los hombres de partido, que son en su mayor parte comunistas sin experiencia (los ideólogos de viejo cuño operan sobre todo en los centros más grandes)”, con el resultado de destruir “la influencia y la fuerza creadora de estas jactanciosas instituciones, los soviets” (Avrich, 1976: pp. 186-189). Críticas de esta naturaleza eran poco útiles, ya que Lenin era bien consciente de lo inadecuado de las fuerzas disponibles y estaba angustiado por las tareas in-

eludibles impuestas por la guerra civil. Pero en cualquier caso eran críticas que todavía podían hacerse libremente en 1920.

En otra carta al “querido Vladimir Ilich” de diciembre del mismo año Kropotkin atacaba en cambio una medida anunciada oficialmente en *Izvestia* y en *Pravda*: “el gobierno soviético ha decidido tomar como rehenes a algunos socialistas-revolucionarios del grupo de Savinkov y de Chernov, así como algunos guardias blancos del centro nacional táctico y algunos oficiales de Wrangel y, en caso de atentado contra la vida de los líderes de los soviets, ajusticiar ‘sin piedad’ a dichos rehenes”. La carta proseguía con ejemplos de revolucionarios como Louise Michel, Malatesta o Volairine de Cleyre que habían defendido a quien había intentado matarlos o había rechazado acusarlos, y hacía un llamamiento a la consciencia revolucionaria de los bolcheviques:

Creo que para los mejores de entre vosotros el *futuro del comunismo* es más importante que la propia vida y que pensando en este futuro renunciaréis a estos métodos. Con todos sus graves defectos —y yo, como sabe, la veo bien— la Revolución de Octubre ha provocado un enorme cambio. Ha demostrado que una revolución social no es imposible, como habían empezado a pensar en Europa occidental. Y, con todos sus defectos, producirá un cambio hacia la *igualdad*, que ninguna tentativa de volver al pasado podrá eliminar (Ibid., pp. 189-191).

Kropotkin recordaba a Lenin que “justamente actos como este cometidos por revolucionarios del pasado han vuelto más difícil el experimento comunista”. Pero olvidaba simplemente que estas medidas eran una respuesta difícilmente sustituible a ataques despiadados. Una medida análoga (incluso más grave, dado que prevenía que fueran tomados como rehenes los familiares de los sospechosos) fue tomada cuando algunos altos oficiales zaristas incorporados como “especialistas” en el Ejército Rojo habían transmitido importantes secretos militares al cuartel general de los blancos. Trotsky había explicado en varias ocasiones que el objetivo del terror no era destruir enemigos potenciales, sino obligar a los que dudaban a servir al Estado revolucionario en el momento

más difícil. Y había recordado que en la guerra civil cualquier pena que no fuera la de muerte raramente ejercía un efecto preventivo. Por ello el recurso a esta medida extrema fue varias veces suprimido y luego reincorporado en los momentos más dramáticos de la lucha, cuando la supervivencia misma de los soviets estaba en peligro.

En cualquier caso, a pesar de sus críticas no siempre objetivas, Kropotkin gozaba del respeto de los bolcheviques por su pasado. Como otras personalidades consideradas indispensables por la revolución (por ejemplo el científico Ivan Pavlov, por sus méritos como estudioso de los reflejos condicionados, y a pesar de su áspera polémica con los comunistas y con el marxismo), Pëtr Kropotkin gozaba de un trato muy especial, con raciones que doblaban a las disponibles en esos tiempos de carestía. En su funeral participaron muchos miles de personas, entre las cuales se contaban varios anarquistas detenidos, que obtuvieron el permiso de salir de la cárcel ese día, 13 de febrero de 1921. La casa natal de Kropotkin, un gran palacio en el barrio aristocrático de Moscú, fue devuelto a su viuda para hacer de él, con la ayuda de algunos estudiosos anarquistas, un museo para custodiar sus libros, cartas y recuerdos personales. Faltaba solo un mes para la insurrección de Kronstadt...

Puede parecer extraño no haber hablado todavía de Kronstadt, pero no es casual: si bien está en el centro de las polémicas y los mitos anarquistas, en realidad los anarquistas no tuvieron ningún papel significativo en los acontecimientos, como admite Paul Avrich, el más destacado historiador del anarquismo, además de autor de uno de los libros más importantes sobre ese episodio.

Kronstadt había tenido una historia de radicalismo latente que se remontaba a la revolución de 1905. La rebelión de marzo de 1921, como las insurrecciones precedentes de 1905 y 1917, fue una sublevación espontánea y no provocada — como se dice a menudo — por anarquistas o por cualquier otro partido o grupo concreto. Sus participantes eran radicales de todas las tendencias: bolcheviques, social-revolucionarios, anarquistas y muchos que no tenían ninguna filiación partidaria. Los anarquistas que habían desarrollado en Kronstadt un papel de primer orden en 1917 ya no se encontraban en el mismo lugar cuatro años más tarde (Paul Avrich, 1978, p. 269).

Algunos, como Zeleznjak o Bleijman murieron durante la guerra civil, y otros estaban combatiendo con el Ejército Rojo en varios frentes. Pero, sobre todo, concluía Avrich, “el espíritu del anarquismo, que había sido tan potente en Kronstadt durante la Revolución de 1917, había prácticamente desaparecido”.

La polémica sostenida durante años por los anarquistas sobre la represión en su contra no estaba mucho más fundamentada que su apropiación de la paternidad de la revuelta, que en realidad había incluido a no pocos marinos comunistas y, sobre todo, “sin partido” de la fortaleza y de los navíos fondeados en su puerto, y reflejaba el difuso malestar por la carestía y las distorsiones provocadas por el “comunismo de guerra”. Un malestar presente en buena



medida en el mundo campesino (del que provenían muchos de los reclutas que habían reemplazado a la vieja guardia de 1917, a medida que era llamada a dirigir las unidades del Ejército Rojo) y al que el X Congreso del partido estaba intentando responder introduciendo la Nueva Política Económica (NEP).

Otra tesis infundada difundida entre más sectores, pero particularmente viva entre los anarquistas, es la de un papel directo y particularmente despiadado de Trotsky, que en realidad aun compartiendo la responsabilidad con todo el grupo dirigente, no participó ni tan siquiera en el ataque, y menos aún en las medidas punitivas adoptadas por la Checa en las semanas y meses posteriores, que por lo demás no estaban dirigidas contra el movimiento anarquista, sino que tenían una lógica de venganza contra los insurrectos, que se presumía que habían hecho correr un riesgo gravísimo a la revolución. Efectivamente, todos los dirigentes comunistas estaban convencidos de que la revuelta estaba estrechamente ligada a los centros de los blancos en el exilio, que ya se habían jactado en muchas ocasiones de tener lazos con la guarnición de la fortaleza, y que se temía podían llegar en socorro de Kronstadt con la flota del Mar Negro “acogida” por Francia en la base tunecina de Biserta. El pánico había cundido entre todo el grupo dirigente, que había olvidado que los órganos de los blancos en el extranjero eran poco creíbles, dado que por ejemplo habían anunciado a menudo el éxito de inexistentes atentados contra Lenin. El hecho de que tras la fuga algunos de los miembros del comité hubieran escrito a Wrangel para ofrecerle sus servicios, por lo demás conocido con posterioridad, no debía impedir reconocer el carácter espontáneo e improvisado de la revuelta.

En cualquier caso, el carácter despiadado y los tiempos diferidos de la represión provocaron un salto cualitativo en la involución de la sociedad soviética. Si la cifra de caídos durante el ataque era casi equivalente entre asaltantes y defensores, e incluso en la primera fase las pérdidas eran mayores entre los atacantes, fácilmente alcanzados por una artillería protegida por muros fortificados, el daño político y moral mayor fue provocado precisamente por la larga cola de procesos y ejecuciones sumarias que se prolongó durante meses, una vez superado el peligro, y que fue facilitada por los archivos abandonados por los dirigentes de la insurrección en el momento de su huída a Finlandia. A menudo se fusilaba a quien solo había votado una resolución o había anunciado darse de baja del partido comunista/2.

Un discurso aparte merece el fenómeno de las formaciones campesinas de Nestor Majno, que el movimiento anarquista considera parte de sus éxitos y

---

2/ Para una reconstrucción equilibrada de la revuelta de Kronstadt véase Jean-Jacques Marie, *Kronstadt 1921. Il soviet dei marinai contro il governo sovietico*, Utet, Torino, 2007 (edición original francesa de Fayard). Menos convincente es el libro de Israel Getzler, *L'epopea di Kronstadt*, Einaudi, Torino, 1982, que tiene la virtud de reconstruir la historia precedente de la fortaleza desde 1905, pero que obvia el cambio de composición de la guarnición y de las tripulaciones de los navíos, que en 1921 ya no eran más que una mínima parte de las de 1917.

que, en realidad, independientemente de la asimilación de algunas ideas anarquistas por parte del “pequeño padre” de Guliaí Pole durante su larga detención anterior a 1917, es interpretado en el marco de las difíciles relaciones entre el poder soviético y los campesinos a partir de 1918. Las formaciones majnovistas, como tantas otras milicias verdes (es decir, ni blancas ni rojas...), se aliaron en diversos periodos con el Ejército Rojo, pero en otros lo combatieron duramente: esta y no la desconfianza ideológica fue la razón de los conflictos que tuvieron lugar. Pero el majnovismo es parte de la historia de la guerra civil en Ucrania y en la Rusia meridional, más que la del anarquismo, que ha hecho de él una bandera y un mito.

**Antonio Moscato** es historiador del movimiento obrero y militante de Sinistra Anticapitalista. Ha publicado varios libros sobre la crisis del “socialismo real” y sobre la influencia de la Revolución cubana y el Che Guevara en América Latina

Traducción: Andreu Coll

## **Bibliografía citada**

- Avrich, P. (1978) *L'altra anima della rivoluzione. Storia del movimento anarchico russo*, Milán: Edizioni Antistato.
- Goldman, E. (1977) *La sconfitta della rivoluzione russa e le sue cause*. Milán La salamandra.
- Kropotkin, P. (1976) *Messaggio ai lavoratori dell'occidente*, en Avrich, Paul *Gli anarchici nella rivoluzione russa*. Milán: La salamandra. El texto se escribió el 10 de junio de 1920, y fue entregado a una delegación británica que le había visitado en Dmitrov (*British Labour Delegation to Russia 1920*. Report, London 1920).
- Lenin, V. I. *Carta a los comunistas alemanes*. *Opere*, vol. 32.
- Serge, V. (1967) *L'anno primo della rivoluzione russa*. Turín: Einaudi.